

PRIMEROS SUSCRITORES: SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

22 Abril 1866.

NÚM. 16.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 48 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80. ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84. ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps. AMÉRICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los correspondales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Revista de Paris, por S.—Del renacimiento literario en el siglo XV, por D. Carlos N. de Arellano.—Lo que hace el tiempo (poesia), por D. R. de Campoamor.—Arte nuevo de

torear, por el maestro Belisario.—Chile.—Un pedazo de trapo, por D. Antonio Vinajeras.—Contrastes (soneto), por D. Constantino Gil.—La profetisa y los mártires, por Don Antonio de Trueba.—La granja del amor, por D. Pedro Moreno Villena, (continuacion).

Grabados. Valparaiso: Iglesia de San Agustin.—Plaza de la Victoria.—La nueva Bolsa.—Santiago: Interior del convento de San Francisco.—Tipos musicales: Caricaturas.

REVISTA DE PARIS.

El arreglo de la obra maestra de Mozart para la escena francesa y su aparicion en el teatro de la Opera, han formado un verdadero acontecimiento artistico, y como el *Don Juan* es una partitura inmortal que pertenece á España lo mismo que á Francia y Alemania, me ha parecido oportuno hablar á V. del éxito que ha obtenido.

Llamo al *Don Juan* partitura inmortal porque traduce admirablemente y resume todas las grandes sensaciones humanas; la risa y las lágrimas, el dolor y la alegría, la ironía y la oracion, lo gracioso y lo terrible. Comienza con una carcajada y muere con un sollozo.

Solo habia oido esta ópera en el Teatro Italiano, pero interpretada de una manera tan incompleta, que esperaba con impaciencia, como muchos otros, su representacion en el teatro de la Opera para disfrutar por fin de todas las bellezas de la obra. Principiaré diciendo que el éxito no ha correspondido á mis esperanzas; los artistas del teatro de la Opera, á pesar de su buen deseo, no tienen facultades suficientes para cantar música de Mozart, y se advierte que las violencias de Verdi alteran en ellos las melodías completamente italianas del compositor alemán.

De los tres actos primitivos se han hecho cinco, los cuales se subdividen además en once cuadros. En la fiesta del segundo acto, la direccion del teatro ha introducido un gracioso baile cuya música se ha tomado de las obras del mismo Mozart, y una de las partes de este baile es la célebre marcha turca que tiene un ritmo tan original.

Las decoraciones son espléndidas; en el baile llama-

do de las Rosas las bailarinas llevan faldas formadas de grandes pétalos sobrepuestos que imitan la corola de la flor, en tanto que forma el cáliz el corpiño verde, del cual penden largas puntas del mismo color.

Una especie de minué compuesto de máscaras con dominó constituye el fondo de este baile en el que las mariposas revolotean en torno de las rosas.

Es imposible dar una idea de la gracia, ligereza y elegancia de las doncellas vestidas de azul y blanco, y de los pajes con sus capas encarnadas y negras.

El último cuadro, en que la estatua del Comendador aprieta con su mano de mármol la de Don Juan que se retuerce bajo su presion, forma un grupo luminoso que se destaca sobre un fondo oscuro, surcado de relámpagos y en el cual se agitan las sombras de las víctimas del seductor.

El acompañamiento que dá la orquesta á este cuadro terrible aumenta su efecto de una manera sorprendente.

Mozart compuso en Paris todo el tercer acto del *Don Juan*, y una anécdota curiosa hizo furor en aquella época en los salones de esta capital.

—¿Lo habeis encontrado por fin? Tal era la pregunta que se hacia bruscamente á toda persona que estaba pensativa; y como esta no comprendia la alusion, no dejaba de preguntar:

—¿Qué?

—Vuestro famoso final, le contestaban en seguida.

En efecto, un día, despues de haber trabajado algunas horas en su gabinete, Mozart miró el reloj y exclamó:

—¡Las cinco ya!

Era la hora en que tenia costumbre de comer, en lo cual era muy exacto.

Se vistió de prisa y se dirigió á una fonda del Palais

Royal, pero por el camino acudió á su mente una idea nueva y la inspiracion murmuró en su oido las mas armoniosas notas. Leyó pues maquinalmente la lista de los platos que le presentó el dueño del establecimiento, y dijo:

—Una sopa de fideos.

Le traen la sopa, pero Mozart no la prueba.

Trascurren diez minutos, veinte, y mientras su cerebro fermenta y su imaginacion vaga por los espacios del bello ideal y de la poesia, no advierte que la sopa se enfría.

Por último, despues de media hora de meditacion, el mozo le pregunta si quiere alguna otra cosa, y el compositor contesta maquinalmente:

—Un lenguado frito.

La sopa es reemplazada con un pescado fresco y apetitoso, pero no escita la atencion ni la sensualidad del pensativo artista.

Pide y le sirven del mismo modo otros cuatro platos que no prueba, y el mozo contempla con asombro á aquel singular personaje que permanece en la mesa con la cabeza apoyada en las manos.

—Es un loco, dice el mozo despues de hacer infructuosos esfuerzos para arrancarle de su meditacion.

Dos horas hacia que se hallaba en aquella actitud meditabunda cuando alza de pronto la cabeza con orgullo, se encienden sus mejillas, brillan sus ojos de satisfaccion y júbilo, y despues de dar al mozo todo el dinero que llevaba en el bolsillo, se levanta y sale del salon exclamando: «¡Por fin lo he encontrado!»

Mozart acababa de encontrar, en efecto, el célebre final del tercer acto.

La ópera de *Don Juan*, principiada en Praga, continuada en Leipsig y Paris y terminada en Praga, se can-

tó por primera vez en el teatro de esta ciudad el 3 de noviembre de 1787. En el ensayo general, que se verificó el día anterior, Mozart se multiplicó de tal modo que se le veía, por decirlo así, en todas partes al mismo tiempo; en la escena, en las galerías, en la orquesta, al lado de los músicos que no ejecutaban siempre lo que estaba escrito.

En la escena del baile, tomó de la mano á Zerlina, Mme. Bandini, esposa del empresario que le había comprado la partitura, y bailó con ella un minué que hizo honor á Noverse, su maestro de baile. Terminado el minué, le dió una palmada en el hombro para que lanzara un grito, pero no quedó satisfecho, y al ver que la actriz no hacia lo que le recomendaba, se acercó á ella y la pellizó con tal violencia que Zerlina lanzó un grito penetrante.

—¡Bravo! ¡bravo! dijo Mozart; así debeis gritar en la representacion.

El *Don Juan* se cantó por primera vez en la escena italiana de Paris en 1811, y el director del Teatro de la Opera, reconociendo el mérito de una obra que aplaudida en toda Europa, encargó en 1834 á Castel Blaze que la arreglase para la escena francesa. Pero esta tentativa no tuvo éxito, y puede decirse que desde ahora únicamente forma parte del repertorio del Teatro de la Opera la obra maestra de Mozart.

¿Qué podría decir de nuevo sobre esta admirable epopeya musical que permanece incólume al través de todos los sistemas y todas las modificaciones de la música moderna? Sus melodías están grabadas en la memoria de todos los amantes de la música clásica, y lo que debe desearse es que el público de nuestros días se aficione á esta obra maestra, pues aprenderá en ella que se puede ser dramático sin gritar, y que no hay necesidad del abuso de los instrumentos de cobre para inspirar y expresar el terror. Para esto basta un poco... de genio.

Se prestaría un servicio eminente á la música, á los cantantes y al público encauzando el canto y la música por el buen camino en el Teatro de la Opera, y espero que prestará este servicio el *Don Juan* de Mozart.—S.

DEL RENACIMIENTO LITERARIO

EN EL SIGLO XV.

Artículo 3.º

Ya antes de Poggio, Francisco Petrarca, que recordaba haber visto en sus primeros años los libros *De las cosas humanas y divinas* de Varron, cartas y epigramas de Augusto, escritos en el día no conocidos, movido de su afición á la literatura enviaba súplicas y dinero á todas partes de Europa para que le remitieran manuscritos. De esta manera logró encontrar en Arezzo fragmentos de las instituciones de Quintiliano, y las tres primeras décadas de Tito Livio, en Lieja las oraciones de Ciceron, y en Verona sus cartas familiares. Despues le envió Crosto desde Bergamo las *Fusculanas*; Raimundo Sorauzo el tratado *De gloria*, que prestó á Connevole, que lo extravió y quedó perdido para la posteridad; y Nicolás Sigeros le mandó de Constantinopla un Homero en griego. Posteriormente Gasparino Barziza encontró el *Orador* de Ciceron; Gerardo Landriano en Lodi los libros de la *Invencion* y los dirigidos á Ereunio; un desconocido las cartas á Atico; en Paris se adquirieron las de Plinio el Joven; en Alemania las églogas de Nemesiano; y Tomás Inghirami de Volterra descubrió en Fobbio el viage de Rutilio Namaciano.

Guarino Veronés, Aurispa, y Francisco Filelfo dirigieron hácia otro punto sus investigaciones. Deseando proporcionarse antiguos manuscritos y adquirir un conocimiento profundo de la lengua griega, visitaron á Constantinopla y otras ciudades del Oriente, donde su perseverancia fue recompensada con la adquisicion de un

gran número de preciosos manuscritos. Guarino naufragó al volver á Italia, y desgraciadamente para él y para el universo, perdió sus tesoros; siendo tan grande el dolor que por ello sintió, que si hemos de creer á uno de sus compatriotas (Tirabosqui, *Storia della Lett. Ital.*), se encanecieron sus cabellos de repente. Dedicóse entonces á la enseñanza, tuvo escuela en varias partes, comentó los autores antiguos, y publicó muchas traducciones del griego; habiendo sido el primer italiano que enseñó dicha lengua en su patria, adquirió mas fama como profesor de gramática que como autor, y casi todos los eruditos del siglo XV le debieron su instruccion.

Mas afortunado que él, el siciliano Juan Aurispa, secretario que fue del Papa Eugenio IV, llegó á Venecia el año de 1423 con doscientos treinta y ocho manuscritos, entre los cuales se hallaban todas las obras de Platon, de Proclo, Plotino, Luciano y Jenofonte; las historias de Arriano, de Dion Casio y de Diodoro de Sicilia; la *Geografia* de Strabon; los poemas de Calimaco, de Pindaro, de Oppiano y los atribuidos á Orfeo. En las cartas de Traversari se halla la enumeracion de otras muchas obras, algunas de las cuales se han perdido de nuevo, pues nos son enteramente desconocidas. Las considerables sumas gastadas por Aurispa en la adquisicion de tan gran cantidad de libros, y los gastos indispensables que exigia su conduccion á Venecia, concluyeron con sus recursos pecuniarios, y se vió obligado á dirigirse á Traversari, para que le proporcionara cincuenta florines que necesitaba para cumplir con sus compromisos. Cosme y Lorenzo de Médicis se apresuraron á darle aquella suma, y Aurispa les manifestó su reconocimiento con un calor y sensibilidad que parecen sinceros.

Filelfo, nacido en Tolentino el año de 1398, tendria unos veinte de edad cuando despues de haber terminado sus estudios en Pádua, emprendió el viage de Constantinopla, donde permaneció siete, y casó con la hija del noble y sábio Juan Chrysoloras. De vuelta á su patria con fama de sábio, fue sucesivamente nombrado profesor de elocuencia en casi todas las universidades y establecimientos de instruccion de Italia, y embajador de Manuel y Juan Paleologo en las cortes de Amurates II y del emperador Sigismundo; pero con todo su saber, no consiguió aprender á moderar sus pasiones, y era arrebatado, desconfiado en estremo y orgulloso en demasía. Toda su vida fue una série continua de disputas y querellas, y mas de una vez se vió apurado para escapar del castigo público que merecia por sus escesos, ó de los efectos de la venganza privada de aquellos á quienes había ultrajado.

Acusáronle de haber conspirado contra Cosme de Médicis, y buscado un griego para que lo asesinara; pero si bien este hecho no está comprobado, no así su indisposicion con él, que empezó durante el destierro de Cosme en Venecia. En las cartas de Filelfo (edicion de 1501), hállanse algunas en que lo trata de una manera indigna del respeto que le debía por la proteccion que le había dispensado, y en que habla con la mayor acrimonia de Nicolás Nicoli y Carlos Aretino, amigos íntimos de aquel. En otra dirigida al Cardenal de Bolonia en 1432, hace de Cosme un retrato en que se descubre muy á las claras el aborrecimiento que le tenia, y por último en la que dirige á Lugo Castellonchio, afecta temor por su vida, acusando á Cosme de haber querido atentar contra ella. La conducta moderada de aquel grande hombre probó cuán superior era á tan calumniosas suposiciones; y venció al fin la arrogancia y resentimiento de Filelfo, que vivió aun lo bastante para recibir beneficios sin número de él, y de sus descendientes. Finalmente, este escritor atrabiliario, inquieto é insaciable, fue con sus servicios de uno en otro soberano, acosándolos á todos con dedicatorias y cartas pidiéndoles dinero, é injuriando á los que tardaban en satisfacer sus demandas. Habiendo el Papa Pio II mandado suspender el pago de una pension que le tenia se-

ñalada, blasfemó del Pontífice y del papado, y concibió el proyecto de marcharse con Mahomed II, que conmovido con una composicion poética que le había dirigido, dió libertad á su suegra y á dos hijas, que cayeron prisioneras en la toma de Constantinopla.

Murió en Florencia el año de 1481, á los 83 de su edad, dejando numerosas producciones en casi todos los géneros de literatura; pero el servicio de mas importancia que hizo á las ciencias, fue el esmero con que reunió y conservó manuscritos, cuyo estenso catálogo puede verse en las «Dissertt. Voss» de Apostolo Zeno. Su hijo primogénito Mario Filelfo, nacido en Constantinopla el 1426, digno heredero de su talento é instruccion, enseñó las bellas letras en Génova, y publicó tambien numerosos escritos en prosa y verso, y poesías latinas no despreciables, si bien no llegó á igualar á la celebridad de su padre, á quien precedió en la tumba, habiendo fallecido en Turin, donde egercia la abogacia, el año de 1480.

CARLOS R. DE ARELLANO.

LO QUE HACE EL TIEMPO.

COPLAS.

A LA SEÑORITA

Doña Blanca Rosa Osma y Zabala.

Con mis coplas, Blanca Rosa,
Tal vez te cause cuidados,
Por cantar

Con la voz ya temblorosa,
Y los ojos ya cansados
De llorar.

Hoy para tí solo hay glorias,
Y danzas, y flores bellas;
Mas, despues,

Se alzarán tristes memorias
Hasta de las mismas huellas
De tus piés.

En tus fiestas seductoras,
¿No oyes del alma en lo interno
Un rumor

Que, lúgubre, á todas horas
Nos dice que no es eterno
Nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste,
Una verdad tan odiosa
Tu bondad!

Y esto ¡fuera menos triste,
Si no fuera, Blanca Rosa,
Tan verdad!

Te aseguro como amigo,
Que es muy raro, no te estrañe,
Amar bien.

Siento decir lo que digo,
Pero ¿quieres que te engañe
Yo tambien?

Pasa un viento arrebatado,
Viene amor, y á dos en uno
Funde Dios:

Sopla el desamor helado,
Y vuelve á hacer, importuno
De uno, dos.

Que amor, de egoismo lleno,
A su gusto se acomoda
Bien y mal:

En él hasta herir es bueno:
Se ama, ó no ama, aquí está toda
Su moral.

Oh! ¡qué bien cumple el amante,
Cuando aun tiene la inocencia,
Su deber!

Y ¡cómo mas adelante
Concilia con su conciencia
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
 Busca en otros nuevos lazos
 Otro amor?
 Sí! culpable como el viento
 Que, al pasar, hace pedazos
 Una flor.
 ¿Verdad que es abominable
 Que el corazón vagamundo
 mude así,
 Sin ser por ello culpable,
 Porque esto pasa en el mundo
 Porque sí?
 Se ama una vez sin medida,
 Y aun se vuelve á amar sin tino
 Mas de dos:
 ¡Cuán versátil es la vida!
 Cuán vano es nuestro destino,
 Santo Dios!
 El lleve tu lábio ayuno
 A algun manantial querido
 De placer,
 Donde, dichosa, ninguno
 Te enseñe nunca el olvido
 Del deber.
 Siempre el destino inconstante
 Nos dá cual vil usurero
 Su favor:
 Dá amor primero, y no amante,
 Despues mucho amante, pero
 Poco amor.
 Tranquila á veces reposa,
 Y otras se marcha volando,
 Nuestra fe.
 Y esto pasa, Blanca Rosa,
 Sin saber cómo, ni cuándo,
 Ni por qué.
 Nunca es estable el deseo;
 Ni he visto jamás ternera
 Siempre igual.
 ¿Y á qué negarlo? No creo
 Ni del bien en la fijeza,
 Ni del mal.
 Este ir y venir sin tasa,
 Y este moverse impaciente
 Pasa así,
 Porque así ha pasado y pasa,
 Porque sí, y ¡ay! solamente
 Porque sí.
 ¡Cuán inútil es que huyamos
 De los fáciles amores
 Con horror,
 Si, cuanto mas las pisamos,
 Mas nos embriagan las flores:
 Con su olor!
 El cielo sin duda envia
 La lucha, á la tormentosa
 Juventud;
 Pues ¿qué mérito tendria
 Sin esfuerzos, Blanca Rosa,
 La virtud?
 Ay! un alma inteligente
 Siempre en nuestra alma divisa:
 Una flor,
 Que se abre infaliblemente
 Al soplo de alguna brisa
 De otro amor.
 Mas dirás: ¿y en qué consiste
 Que todo á mudar convida?
 ¡Ay, de mí!
 En que la vida es muy triste,
 Pero aunque triste, la vida
 Es así.
 Y si no es amor el vaso
 Donde el sobrante se vierte:
 Del dolor,

Pregunto yo: ¿es digno acaso
 De ocuparnos vida y muerte
 Tal amor?
 Nunca sepas, Blanca Rosa,
 Que es la dicha una locura,
 Cual yo sé:
 Si quieres ser venturosa,
 Ten mucha fe en la ventura,
 Mucha fe.
 Si eres feliz algun día,
 ¡Guay, que el recuerdo tirano
 De otro amor
 No se filtre en tu alegría,
 Como se filtra un gusano
 Roedor!
 Tú eres de las almas buenas,
 Cuyos honrados amores
 Siempre son
 Los que bendicen sus penas,
 Penas que se abren en flores
 De pasion.
 Con tus visiones hermosas
 Nunca de tu alma el abismo
 Llenarás,
 Pues, la fuerza de las cosas,
 Puede mas que Hércules mismo,
 Mucho mas.
 Si huye una vez la ventura,
 Nadie despues vé las flores
 Renacer
 Que cubren la sepultura
 De los recuerdos traidores
 Del ayer:
 ¿Y quién es el responsable
 De hacer tragar sin medida
 Tanta hiel?
 ¡La vida! ¡esa es la culpable!
 La vida, solo es la vida
 Nuestra infiel.
 La vida que, desalada,
 De un vértigo del infierno
 Corre en pos.
 Ella corre hácia la nada.
 ¿Quieres ir hácia lo eterno?
 Vé hácia Dios.
 ¡Sí! corre hácia Dios; y él haga
 Que tengas siempre una vieja
 Juventud.
 La tumba todo lo traga,
 Solo de tragarse deja
 La virtud.

R. DE CAMPOAMOR.

ARTE NUEVO DE TOREAR

POR EL MAESTRO BELISARIO.

I.

Del origen y antigüedad del arte de torear.

El arte del toreo se pierde en la noche de los tiempos. Si hasta hoy se ha carecido de datos que ilustren tan importante materia, es porque la *cornología*, ciencia que se remonta á los tiempos del buey Ápis, ha caído en completo olvido.

A sacarla de la postracion en que yace habria yo venido al mundo, si para tan poca cosa hubiera parido mi madre á un hombre de quien las generaciones venideras dirán lo que se ha dicho de un príncipe romano, á saber: *que ha nacido para delicia de la humanidad.*

El arte del toreo es mas antiguo de lo que generalmente se cree, y sus primeros fundamentos no pueden ocultarse á una atenta y filosófica observacion.

En efecto, si se investiga atentamente la historia

del progreso humano, se verá que ya José pasó de capa á la muger de Putifar muchos años antes de Jesucristo, si bien la incorreccion de soltar el trapo hace presumir que la suerte estaba aun en mantillas.

Con todo, al remontarse á los primeros tiempos del arte hay que considerar las cosas con un criterio distinto del que ahora aplicamos á esta materia; hay que tener presente que muchos lances que ahora se cree indignos de imitacion, constituian entonces la parte mas sublime del arte. Así el golletazo de Judit se tuvo y reputó por lance bueno y digno de aplauso, por mas que el gusto moderno rechace esta manera de matar.

Toreros de cuatro dias presumen hoy de inventores, cuando no han hecho mas que aplicar imperfectamente nociones muy antiguas. Sirva si no de ejemplo la suerte que infundadamente se le atribuye al Gordito, sin tener presente el famoso quiebro que con tan mala ventura intentó Julio César, dejando la vida entre los pitones del bruto.

Lo mismo diré del lance eminentemente pueril y anti-estético que consiste en doblar la rodilla delante de la res y que pasa por invencion de los tiempos modernos. ¿Pues qué, ya se ha olvidado que los israelitas se arrodillaban todos los dias delante del bicho mas fiero, mas terrible y mas indomable que verán los siglos?

Yo no afirmaré que en aquellos tiempos capeasen á la *verónica*, pero ¿habrá quien sostenga que la *navarra* es una invencion de ayer? ¿Tan cerca están de nosotros los famosos capeos de Enrique el bearnés, que le valieron la reputacion de maestro en el arte, amen de una corona francesa de mucho lujo?

No es menos absurdo atribuir á tal ó cual diestro moderno el salto de la garrocha, suerte atrevida cuya invencion nadie puede disputar al famoso español Alvarado, que en la conquista de Méjico dejó memoria eterna de su destreza en este lance.

Pues negar que el primero que se arrimó á las tablas fue Moisés, equivale á confesar la ignorancia mas supina.

No es tan antiguo el uso de los rehiletos, aunque en esto hay que distinguir los diferentes lances que conocemos los maestros. El mejor par de banderillas citando á la fiera de que yo tengo noticia, fue el que le puso Carlos V de Alemania á un torito llamado el *Buen mozo*, bragado, cornialto y de muchas libras; y por lo que hace á la media vuelta, ¿á quien en lo antiguo y lo moderno no le habrán puesto mas de un par al revolver de prisa una esquina?

Noé fue el primero que puso varas y le valieron una caida.

La suerte de tirar la llave ha sido en todos tiempos bastante usada entre las hijas de Eva, aunque yo no creo que los caballeros en plaza ó en calle hayan andado nunca tan torpes como ahora en recogerla.

Nadie ignora que el primero que *se armó para la muerte* fue Holofernes, por mas que los espíritus poco profundos é investigadores le atribuyan este lance á Cain.

La media luna tuvo su origen en la creacion y estuvo muy en auge en tiempos mas recientes. Sin embargo, tuvo muchos contrarios, y toreros tan afamados como Pelayo, alias Matamoros, de Asturias; Alfonso, alias el Grande, de Navarra; García, alias Matamadre, de idem, y otros muchos que seria prolijo enumerar, se empeñaron en acabar con ella. Sus esfuerzos no fueron infructuosos; pero la empresa estaba reservada á un diestro llamado Fernando, alias el Neocatólico, de Rubielos de Mora ó de por allí, que fue quien acabó con la media luna.

Recientemente la hemos visto reaparecer en el horizonte, pero ha pasado como un metéoro, sepultándose para siempre en el ocaso.

Para terminar este capitulo, puramente histórico, y entrar de lleno en la historia del arte tal como le entiendo, réstame decir que en el mundo *se han recibido* muchos toros, casi tantos como se han dado; pero nin-

guno con tanta gracia y valentía como el que se recibió en la célebre corrida verificada en Madrid el día 2 de Mayo de 1808.

Bien es verdad que toreros como aquellos ya no se usan. Ya no se reciben toros por los cuernos. Verdad es que no por esto ha caído el lance en desuso.

¿Qué persona de su casa no ha recibido á un toro?

Entremos ya de lleno en el arte moderno de torear, que será objeto del capítulo segundo.

(Del Papel de Estraza.)

CHILE.

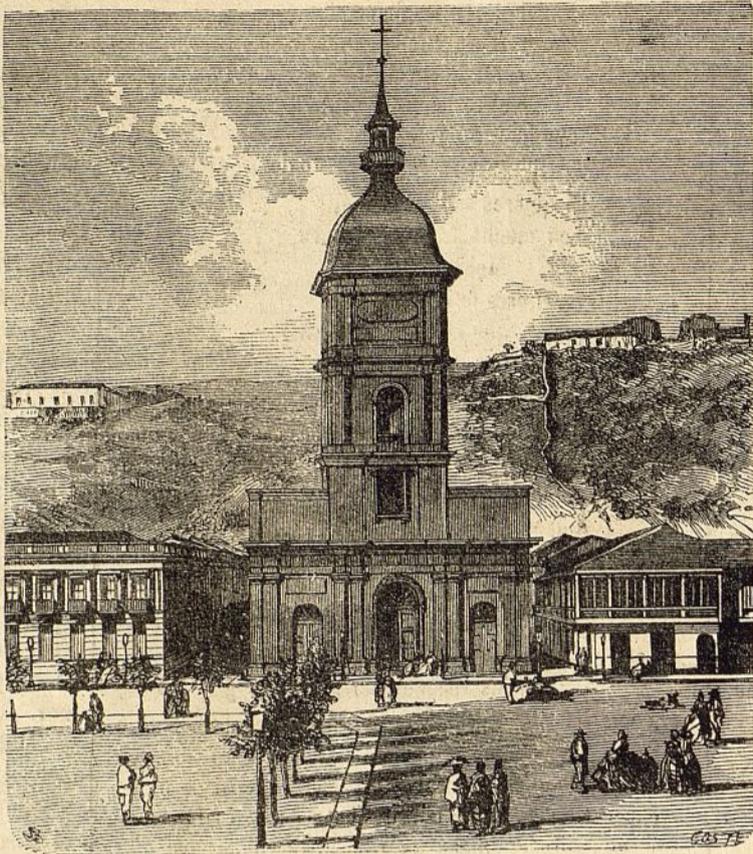
La guerra que sostiene España contra la república de Chile, hace que se lea con interés cuanto se refiere á aquel lejano país.

Chile se divide en siete provincias: Santiago, Aconcagua, Coquimbo, Colchagua, Manle, Concepcion y Valdivia con el archipiélago de Chiloe.

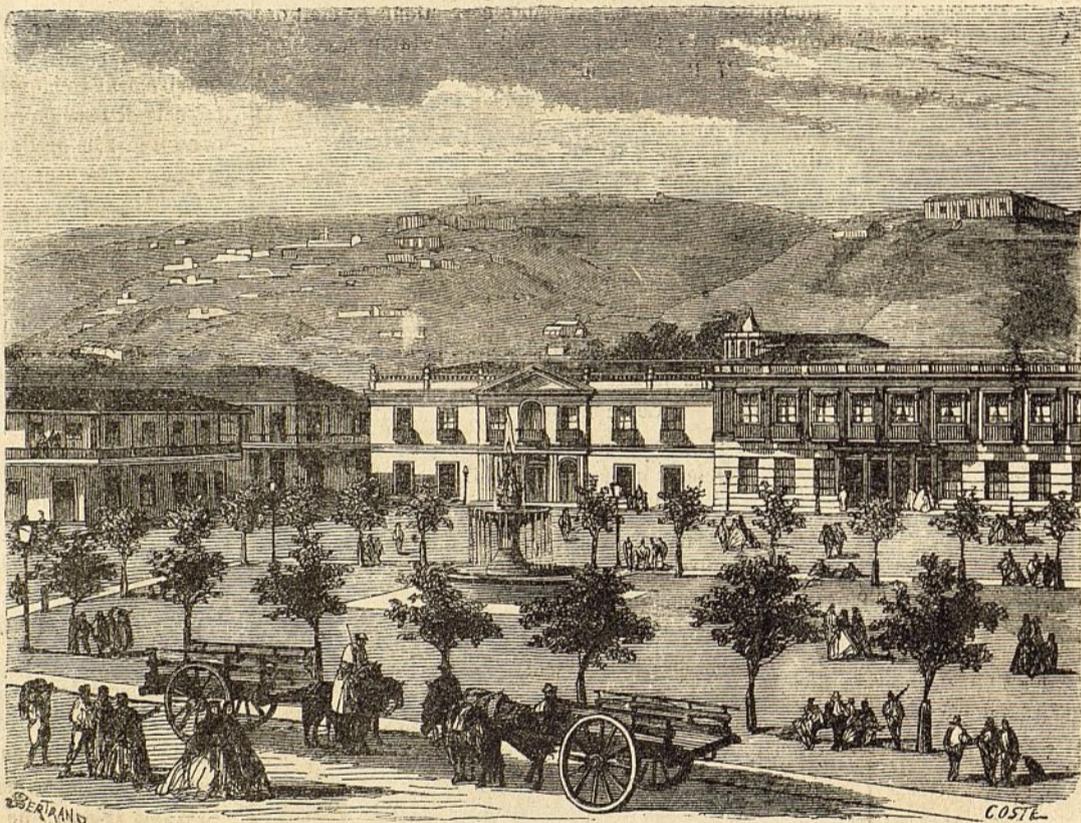
El terreno es escabroso y va elevándose desde las orillas del mar hasta la gran cordillera de los Andes que separa esta república del interior de la América meridional. Grandes rios cruzan el país, siendo los mas importantes el Guasco, el Maipo, el Valdivia y el Quilota. La tierra es fértil y las plantas de Europa crecen junto á las tropicales.

Las principales poblaciones son Santiago y Valparaiso.

Santiago, la capital política, se halla situada en el interior sobre una elevada planicie; tiene 45,000 habitantes.



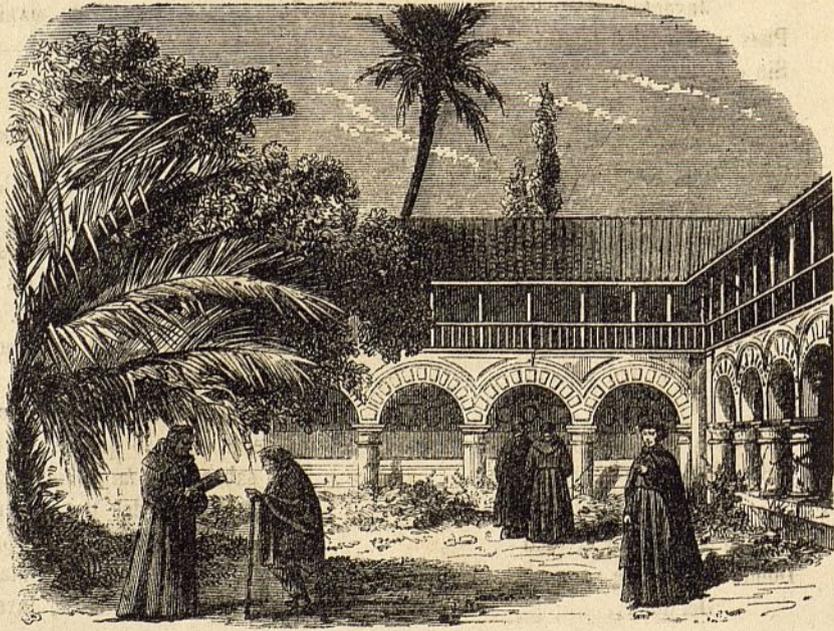
Valparaiso.—Iglesia de S. Agustín.



Valparaiso.—Plaza de la Victoria.



Valparaiso.—La nueva Bolsa.



Santiago.—Interior del convento de S. Francisco.

Valparaiso, la capital comercial, es uno de los puertos mas frecuentados de la América del Sud; su población es igual á la de Santiago.

Las vistas que reproducimos de ambas poblaciones dan una idea general del carácter de sus construcciones.

UN PEDAZO DE TRAPO.

Los filósofos son mas estravagantes que los mismos poetas.

La estravagancia en poesía es casi una condicion, casi una necesidad.

Cuando Byron tuvo la estravagante idea de imitar á Leandro, se sintió mas poeta y escribió versos inmortales.

Cuando Musset se embriagaba á sabiendas, su genio despedía chispas deslumbradoras.

Pero cuando un filósofo dá en la flor de las estravagancias, se enferma, se marchita, se muere.

Adámson vivía tendido en el suelo, desnudo, temblando de frio, estudiando familias de filósofos.

Diógenes, desnudo enteramente, tenía su vivienda en un tonel.

La casualidad y el genio se encargaban de igualar, á veces, á unos y á otros; á los poetas y á los filósofos.

Véase la prueba.

Newton vió caer una manzana y elevándose á consecuencias trigonométricas penetró para siempre en la inmortalidad.

Milton tuvo un sueño y lo trasladó al papel: escribió, el *Paraiso perdido*.

Prestly pidió cerveza, vió saltar el pedazo de

CARICATURAS.



Un concertista de violoncello.



Hé aquí un apreciable tenor cómico de zarzuela.

corcho, contempló la espuma y descubrió un gas, enriqueciendo de este modo á la ciencia.

Dante vió una muger y cayó del árbol de su genio una creación brillante: aurora boreal de la Edad media.

Los filósofos son locos en regla.

Los poetas son locos sin regla.

Pascal ataba á su cintura un aro de hierro con puntas, para anteponer la razon á las tentaciones.

Un poeta alemán recitó versos del Niágara, y se arrojó al abismo; en estos no hay lógica ni regla alguna.

Los extravagantes mas temibles, los mas furiosos,

no son los filósofos ni los poetas; son los políticos. Sus desvaríos, sus escentricidades hacen llorar á la humanidad.

El amor propio del gran Colbert se resintió un dia por haberle dicho su augusto amo, que una ventana estaba mas alta que otra.

La extravagante imaginacion de Colbert se sulfuró y de aquí una guerra espantosa entre dos grandes potencias.

La insensible ventana, fue un raudal de lágrimas y un manantial de sangre.

Ana de Austria tenia una boca preciosa.

Boca española.

Un personaje inglés adoraba á la hermosa Ana.

Un personaje francés suspiraba de amor por ella.

Ambos eran omnipotentes.

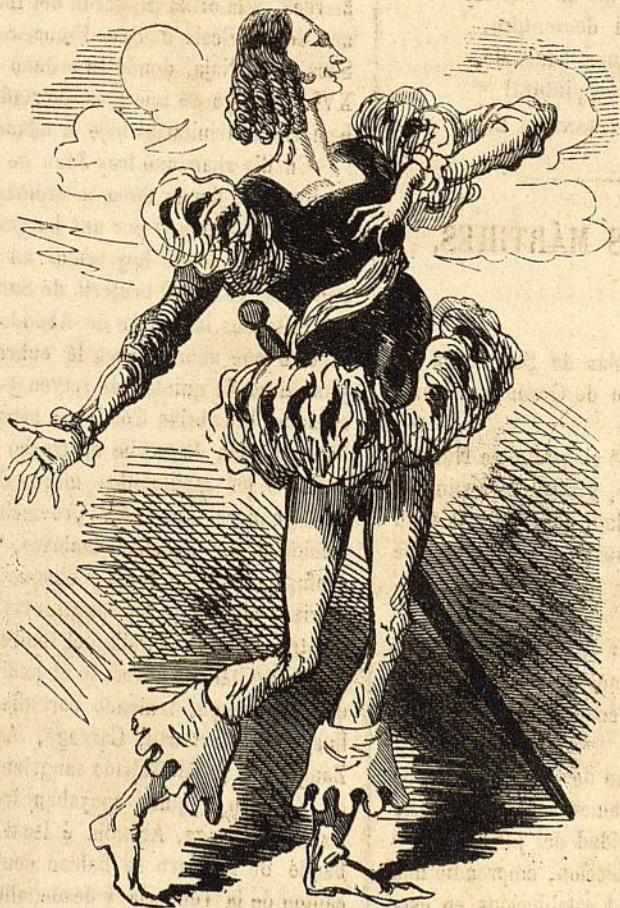
Ninguno obtuvo un beso.

Los dos, por esto mismo, se juraron la guerra.

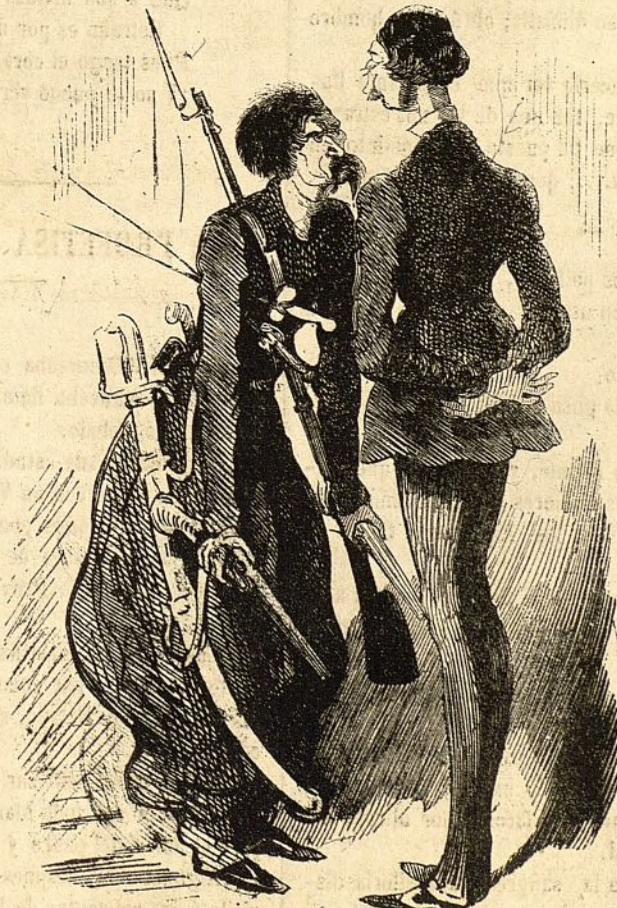
Inglaterra y Francia, combatieron, y aquella boca que brindaba amor y consuelo, involuntariamente hizo derramar lágrimas á dos naciones guerreras.

«Un plato de setas, dice Voltaire, fue el origen de una guerra desastrosa.»

Tales son los políticos: sus extravagancias son calamidades; un político medio loco en fuerza de su imaginacion, sobrepuja á Alejandro con tea en mano, y llega



Presento á ustedes un tenor sério tambien zarzuelista.



Duo de tenor y barítono y coro de armas de ambos sexos.

hasta Calígula, que quiso pasear á pié sobre el mar llevando á cabo su insensato proyecto.

Dos máximas de un político de genio y por tanto extravagante, vierten un resplandor de sangre. Se parecen á un volcan lleno de coral y de hierro.

Leed á Maquiavelo, á Tayllerand. Leed el alma abigarrada de Felipe II.

Este tuvo la extravagante idea de querer conquistar la Gran Bretaña.

Y la de no llorar la ruina de la nacion española en ese y otros desastres.

Carlos V cometió la desgracia de abdicar.

Y la de ver sus funerales, tal vez arrepentido de su abdicación.

Napoleon, como César, no era un político sujeto á inspiraciones extravagantes.

En Napoleon, el genio era una figura geométrica.

Un triángulo, una elipse, un círculo, lo que se quiera, pero subordinado á leyes invariables.

En Napoleon, todo se esplicaba: sus mismos crímenes eran ecuaciones.

No tenia un solo rasgo de poeta: no quiso rebajarse hasta comprender el genio clásico de Staél, ni la música evangélica de Chateaubriand.

La filosofía era para Napoleon un sueño bien explicado.

Adoraba la historia, y temia mas á Tácito que á un egército de Sénecas.

Un matemático era para él grande hombre, una estrella mas, un mundo mas, un sol nuevo.

Sin duda el corso, fanático por la materia, comprendiendo á Aristóteles, detestando á Platon, idolatraba el hecho y admiraba mas un puente atrevido y sólido, que á un hombre como Racine, por ejemplo.

Su genio debió llorar en Santa Elena al saber los triunfos de Fulton á quien el Instituto y S. M. trataron de loco.

En Napoleon fue un pecado capital.

Pero fue un error: le faltó el tino; falló por la primera vez aquella magnífica arma de precision, su genio.

En la vida pública, en la privada de Bonaparte, el historiador no encuentra extravagancias.

Odiaba la manía de fumar: tenia sobrada razon; el fumar es un vicio; nunca una necesidad.

Repudió á Josefina, mal hecho: pero Josefina era un obstáculo fisiológico para su dinastía; obró como hombre de Estado: la repudió.

Dios se encargó de hacerle ver que el gigante llamado Napoleon el Grande, fue una de las mil extravagancias del gran poeta que ha puesto mas instinto en el cerebro de la hormiga.... que en el del elefante.

Sin embargo, todos los políticos, todos los guerreros han estado de acuerdo en un solo punto; en una sola extravagancia.

En un pedazo de trapo.

Napoleon en Arcole lo puso en alto, y su invencible egército triunfó al verlo.

César habia hecho lo mismo, y Napoleon que plagiaba á todos los grandes hombres perfeccionando sus acciones, imitó á Anibal en los Alpes, y á César en Arcole.

Todas las naciones han cogido un palo, le han atado un pedazo de trapo, y esto lo han llamado *bandera nacional*.

Si se le arroja una piedra, si se la pisotea, los bronceas asoman, parten las detonaciones y cunde la muerte.

A ese pedazo de trapo y á ese palo se le llama el honor de la nacion: si una nacion lo saluda, es amiga; si pasa de largo, se exige una satisfaccion por ultraje inferido á la honra nacional.

Si hay luchas y corre la sangre y la artillería dispara contra una muralla, y sube por la brecha un hombre, y levanta el pedazo de trapo (con su correspon-

diente palo) todo hecho girones y cubierto de lodo y sangre, la lucha concluye, la victoria está ganada.

La bandera ó trapos de los contratos, se recogen, se nombra una comision para que las lleve al soberano vencedor, se colocan en una catedral, se canta un *Te Deum*, se depositan en el sagrado recinto.

Este homenaje no se rinde jamás á la virtud.

Ni á un pueblo que se sacrifica.

Ni á la Biblia, la Iliada, el Quijote, la Divina Comedia.

Ni á la vida ó recuerdo de Camoens, Sófoles, Molière, Lope de Vega, Galileo, Petrarca, Dalton, Davys, Fulton.

Todos esos homenajes se reservan, no para....

Una muger honrada que se consagra á Dios!

Ni para un jóven que salva á un niño náufrago;

Ni para un hombre útil como el que introdujo la patata en Europa, ese hombre mas grande que muchos conquistadores;

Ni para el inventor de la vacuna.

Se reservan para un pedazo de trapo azul, blanco, amarillo, encarnado, de cualquier color que sea, y atado á la punta de un palo, con el nombre de no importa cuál pais del mundo.

¡Ah! bien decia Salomon al esclamar entre sus trescientas concubinas, y lanzando una mirada de desprecio á la humanidad entera:

«Vanidad de vanidades, y todo vanidad.»

ANTONIO VINAJERAS.

CONTRASTES.

SONETO.

Una vez solo por fortuna mia
Vi tu faz hechicera tras el manto,
Y desde entonces su amoroso canto
Mi pobre guzla sin cesar te envia.

Si sales es en coche y no de dia,
Tu casa está cerrada por encanto,
Y no puedo admirar lo que amo tanto
Aunque ya de tu casa soy vigia.

Loco de amor, en vano he pretendido
Un retrato adquirir, de la hermosura
Que á sus divinas plantas me ha rendido.

Estraña es por demás mi desventura,
Pues tengo el corazon de amor henchido,
¡Y no te puedo ver ni aun en pintura!

CONSTANTINO GIL.

LA PROFETISA Y LOS MÁRTIRES,

I.

Hácia 1360 cursaba en las áulas de Salamanca un padosísimo mancebo llamado Juan de Granada, natural de tierra de Toledo.

Terminados sus estudios, tomó el hábito de Nuestra Señora de la Merced en Valladolid, y tanto se distinguió durante muchos años por su piedad, su sabiduría y su celo en la santa obra de la redencion de cautivos, que en 1407 fue elegido Provincial de la Orden de Redentores.

Los reyes de Castilla acudian con frecuencia á su docto consejo, y por aquellos tiempos influyó mucho en los asuntos de Estado, siempre como ángel de paz y conciliacion.

Nunca quiso confesar fray Juan de Granada, porque decia que él era todo blandura y amor y el confesonario pide el amor del padre y la severidad del juez.

Algunos años despues de su eleccion, emprendió una visita á los conventos de la Merced establecidos en esta costa cantábrica, y se detuvo algunos dias, ocupado en

santos egercicios, en el convento que á la sazón existia en Colindres y despues fue abandonado por ser escesivamente frio y mal sano el sitio en que estaba edificado.

Una noche estaba en oracion, y apareciendo á sus ojos una nube resplandeciente, vió en medio de ella á un venerable anciano con hábito de la Merced, atado á un mástil y traspasado su cuerpo de saetas. El anciano le miraba amorosamente y le indicaba con la mano que alzase el pensamiento y el corazon al cielo. Fray Juan bajó la vista al suelo deslumbrado por el vivísimo resplandor que rodeaba al anciano, y al alzarla de nuevo, vió que la vision habia desaparecido.

La fisonomía del anciano quedó fija en su memoria como si fuese de persona que hubiese visto y tratado toda su vida.

En vano procuró el piadoso mercenario penetrar el significado de aquella misteriosa vision. Solo comprendia que un mártir de su Orden le habia exhortado á levantar su espíritu al cielo.

II.

Pensando en la misteriosa vision de Colindres, llegó fray Juan de Granada al convento de Burceña.

En la orilla izquierda del Cadagua, quinientos pasos antes de juntarse este rio con el Ibaizabal, se alza aun un alto campanario. ¡Oh, viagero que recorres nuestro hermoso valle, si tu corazon, como el del autor de este libro, desfallece de tristeza ante un monton de santas y gloriosas ruinas, sigue Ibaizabal abajo y no vayas á doblar la rodilla á la sombra del alto campanario de Burceña. Aquel campanario no alegra ya el valle con sus sonoras campanas ni á su sombra brilla la piadosa liberalidad de los condes de Ayala, ni sábios escriben libros, ni redentores arden en deseos de dar su vida por los tristes cristianos que gimen en poder de los infieles! A la sombra de aquel campanario solo encontrarás una humilde capilla que el piadoso pueblo vizcaino ha preservado de la devastacion del templo para llorar en ella como el profeta de las Lamentaciones sobre las ruinas de la ciudad de Dios!

Eran tiempos muy tristes para Vizcaya los que corrían cuando fray Juan de Granada vino al valle de Ibaizabal, porque las guerras de bandería que afligian á casi toda la España, sembraban el luto y la desolacion en nuestros hermosos valles.

Donde hoy vemos un convento de religiosas de la Merced, á la orilla izquierda del Ibaizabal, entre las ruinas de la iglesia de San Francisco y la casa de Martin Saez de la Naja, donde se ordenó á principios del siglo XVI el Código de nuestras libertades, habia un humilde beaterio de trinitarias bajo la advocacion de San José.

Un dia abandonó fray Juan de Granada el convento de Burceña, donde tenia su ordinario hospedaje, y atravesando el Cadagua por una barquilla apostada en aquellos tiempos donde hoy vemos un hermoso puente colgante, se dirigió al beaterio de San José.

Entonces la llanura de Abando ofrecia muy distinto aspecto que ahora: ahora la cubren huertas y jardines y multitud de quintas de recreo y casas de labranza, y entonces la cubrian frondosas arboledas, sobre cuyo follaje asomaba de trecho en trecho el campanario de una ermita ó los aspillerados muros de una torre solariega.

Cuando el venerable provincial de los mercenarios caminaba por aquellas umbrías, oyó hácia la villa un confuso rumor de voces y choque de armas que le hizo adivinar alguna de las sangrientas peleas de que diariamente era teatro el valle del Ibaizabal.

No se habia equivocado el padre provincial: el bando de Leguizamon, teniendo por aliados y auxiliares á los linajes de Martiartu, Careaga, Artunduaga, Aguirre y Zangroniz, habia trabado sangrienta pelea con el bando de Zurbarn á quien apoyaban los linajes de Guecho, Azúa, Susúnaga, Arandia é Isasi. Unos ballesteros del bando de Zurbarn se habian ocultado en una casa del canton de la Tendería y desde allí habian dado muerte á algunos caballeros del bando de Leguizamon, y gene-

ralizándose á consecuencia de esto la pelea por toda la villa y la orilla izquierda del Ibaizabal, la sangre corría á torrentes, las casas eran incendiadas y el ensañamiento de los combatientes hacia temer aun mayores desastres.

Fray Juan de Granada penetró en la capilla del beaterio de San José, tomó un crucifijo y corrió hácia el puente del alcázar donde el combate era mas recio y sañudo que en otras partes.

—¡Caines! gritó á los combatientes; no derrameis la sangre de vuestros hermanos. Yo os lo mando en nombre del que derramó la suya por vosotros.

Los banderizos inclinaron las armas al oír estas palabras y abrieron paso al venerable religioso que siguió adelante y en breve desarmó todas las diestras y aplacó todos los corazones sin mas ayuda que la irresistible influencia de su acento y el santo simulacro que alzaban sus temblorosas manos.

III.

Profunda pena causó al venerable Juan de Granada el estado en que encontró las comunidades de religiosas en el valle de Ibaizal. Entonces no existía aun la clausura, y los asilos de la paz y la oracion eran con frecuencia profanados y turbados por la guerra y los reñcores que agitaban donde quiera á las familias en particular y á la sociedad en general. Las mugeres reunidas para alabar á Dios y dar ejemplo de caridad y mansedumbre, participaban de los odios y la relajacion que caracterizaban á aquella época; pero en el beaterio de la Naja encontró fray Juan una sierva de Dios que llenó su corazón de consuelo y esperanza.

Llamábase aquella muger sor Juana de Irizalde. Era tan humilde que jamás se pudo conseguir que admitiese la prelación del convento, y hacia y suplicaba la permitiesen hacer los oficios de sus compañeras.

Ocupábase toda la semana con afán indecible en labores propias de su sexo y estado, y dedicaba el producto de estas labores al sustento de las pobres enfermas.

Jamás replicó á cosa que la obediencia mandase. Pasaba la noche en oracion, arrodillada, y solo cuando el sueño la rendía se recostaba un poco en su asiento.

Contábase que sor Juana poseía el don de profecía, y en prueba de ello se citaban muchos sucesos que habian ocurrido en España y fuera de ella despues de haberlos anunciado aquella sierva del Señor.

Habia llegado á oídos de fray Juan de Granada la fama de santidad de que gozaba sor Juana de Irizalde y deseaba cerciorarse por sí mismo de si aquella fama era ó no merecida. Examinó cuidadosamente la vida de aquella muger y quedó convencido de que era modelo de perfeccion.

Lastimábase el provincial de los obstáculos que se oponían á reducir á la clausura á las religiosas y pidió á sor Juana que rogase á Dios le ayudase á conseguirlo. Sor Juana se quedó absorta largo rato, y volviendo del éxtasis dijo sonriendo al santo provincial:

—*Non est vestrum nosce tempora, neque momenta*, es decir, no es dado conocer el tiempo ni la oportunidad de realizarlo.

Juana profetizó al provincial la fundacion de un convento de Mercenarias que se fundó poco despues en Sevilla, y como fray Juan le refiriese la misteriosa vision que habia tenido en Colindres, manifestando deseos de que se le explicase, la sierva de Dios le dijo:

—Con aquel santo anciano que visteis asaetado, alcanzareis la palma del martirio y subireis al cielo.

Estas palabras llenaron de gozo inefable al provincial, que pocos dias despues le vió renovado en Marquina en cuyo convento halló á otra religiosa llamada Menda de Usátegui, no menos santa y abrasada en el amor de Dios que la vírgen del Ibaizabal.

IV.

Algunos años despues fray Juan de Granada pasó á Portugal á visitar los conventos de redentores existen-

tes en aquel país, y por su consejo se extinguieron estos conventos, porque las discordias que á la sazón tenían Portugal y Castilla, malquistaban á los religiosos. Durante esta larga peregrinacion pasó grandes trabajos por efecto de aquellas mismas discordias.

A su vuelta tratábase de conducir á Argel y Orán una gran cantidad de dinero destinada á la redencion de cautivos, y fray Juan de Granada y otro santo mercenario llamado fray Pedro Malasang, fueron elegidos para cuidar de aquel tesoro y entregarle en tierra de infieles.

El buque destinado á la conduccion del dinero y los religiosos era genovés, y debia salir del puerto de Cartagena. Dirigióse fray Juan á este puerto y allí encontró á su compañero á quien solo de nombre y por la fama de su santidad conocia.

Cuando vió al padre Malasang, sintió un gozo parecido al que siente el que tras larga ausencia vuelve á ver á una persona querida.

—Hermano, le dijo, yo creo haberos visto antes de ahora y no se dónde ni cuándo.

—Eso mismo creo yo de vos, contestó fray Pedro.

Embarcáronse inmediatamente; pero cuando se acercaban á las costas berberiscas, una nave pirata atacó y apresó la suya.

El capitán genovés, al verse entre los piratas, en vez de imitar la resignacion de los dos religiosos, empezó á blasfemar de Dios y de los santos.

Reprendieronle con amor los padres mercenarios, y al oírlos, el capitán pirata les anunció que si no blasfemaban como el genovés les iba á quitar la vida.

Ambos le contestaron indignados que perderian mil antes que manchar sus labios con la blasfemia.

Entonces los desalmados piratas los ataron á los palos del buque y empezaron á asaetarlos.

Fray Juan dirigió la vista á su compañero y al verle cubierto de saetas é indicándole con la mano que alzase el pensamiento y el corazón al cielo, exhaló un grito de infinita alegría. Era que acababa de reconocer en fray Pedro Malasang al anciano de la vision de Colindres! Era que ya no dudaba del cumplimiento de la profecía de sor Juana de Irizalde!

La profecía se cumplió. Fray Juan de Granada y fray Pedro Malasang alcanzaron juntos la palma del martirio y juntos subieron al cielo!...

V.

Casi á raíz de esa lengua de tierra á cuya punta se unen el Cadagua y el Ibaizabal, hay un edificio que no calificaré de inmensamente largo, porque su largura de cerca de medio kilómetro no es tanta que no se pueda medir. Esa dilatada galería se construyó durante el reinado del gran Carlos III con destino á la fabricacion de jarcias para la marina real, y hoy que ha pasado á manos de particulares espera el golpe de la piqueta que ponga término á su corta vida.

En torno de la ex-real cordelería vemos unas cuantas casas y una linda capilla construida en 1858 por la anteiglesia de Abando, á la cual pertenece la aldeita de que hablamos, que lleva el nombre de Zorroza-urre, es decir, Zorroza de delante, para distinguirla del barrio que está mas arriba, en la orilla izquierda del Ibaizabal, que se llama sencillamente Zorroza.

En el siglo XV la aldea de Zorroza constaba solo de la gran casa solariega del linaje del mismo apellido. Esta casa tenia sobre la puerta que miraba hácia el poniente, ó lo que es lo mismo, hácia el convento de Burceña, un gran escudo de piedra y la rodeaba un campo poblado de castaños seculares.

Por los años de 1425 jugaba en aquel castañar un hermoso niño llamado Juan, hijo de los señores de Zorroza. Las inclinaciones de aquel niño arrancaban con frecuencia lágrimas de alegría á Ochanda, su piadosa y tierna madre. Cuando Juan veía á los niños de su edad maltratar á los pajarillos que habian sorprendido en el nido, rescataba de su cautiverio y daba libertad á las inocentes avecillas con el sacrificio de alguna moneda

de cobre de las que sus parientes le habian dado para que las emplease en juguetes propios de su edad.

Una vez cada semana, antes de salir el sol, pasaba por el campo de Zorroza la beata sor Juana de Irizalde que iba al convento de Burceña á confesarse con el bachiller fray Miguel de Aguirre, comendador perpétuo de aquella santa casa. La fama de santidad de que gozaba sor Juana hacia que á su ida y á su vuelta la saliesen al encuentro las piadosas gentes de aquellas riberas á pedirle su bendicion. No eran el tierno Juan de Zorroza ni sus padres quienes con menos frecuencia acudían á pedir la bendicion de sor Juana.

Una mañana Ochanda de Zorroza salió al encuentro de la sierva de Dios llevando de la mano á su hijo.

—Hermana, dijo á la religiosa, este hijo de mis entrañas es la alegría y la esperanza de mi casa. Dicen que Dios os revela los misterios de lo porvenir y os señala los caminos del cielo. Pedidle que os muestre el que este niño debe seguir.

—Así haré, contestó la sierva de Dios, y despues de bendecir á la madre y al hijo continuó su camino.

En la iglesia de Burceña purificó, segun costumbre, su alma con la Eucaristía y la oracion y al volver dijo á Ochanda, que la esperaba en el campo de Zorroza:

—Sostened en el corazón de este niño el amor á Dios y al prójimo en que hoy se abrasa, y estad segura de que vuestro hijo entrará en el cielo llevando en su diestra la palma de la victoria.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

LA GRANJA DEL AMOR.

(Continuacion.)

IV.

Estas palabras hirieron el corazón de Anita; pero se repuso inmediatamente, y sonrió diciendo para sí, no dejes que se envenene tu alegría por una imprudente palabra, porque si no por todas partes hallarás espinas.

Vicente llamó aparte á Anita y la dijo:

—Vete á dar una vuelta por la sala de baile, ó por el pueblo si tienes algun conocido, me hallarás luego junto á la música.

Anita quedó sola, como abandonada, le parecia que no eran suyos aquellos vestidos, que no le estaban bien, y que se encontraba allí demás; ¿á qué has venido tú á una fiesta? se decia, y hubiera deseado volverse. Recorrió el pueblo, y á la salida encontró un jóven de unos 28 á 30 años, que venia montado en su caballo blanco, vestía un traje de caballero tan rico como sencillo y elegante, á la vista de la jóven detuvo un momento su caballo, y complaciéndose en mirarla con detencion y fijez:

—Buenos dias, hermosa niña, la dijo: ¿tan pronto te has cansado de bailar?

Anita no respondió mas que con un imperceptible movimiento de cabeza. El jóven siguió su camino, y nuestra niña aun permaneció largo rato en el mismo sitio; mil pensamientos bullian en su cabeza, sus megi-llas ardían, y sentía despecho contra sí misma por no haber contestado con dulzura, á una tan delicada y cortés pregunta. Una voz interior le decia: ¿qué culpa tiene ese hombre si tú tienes mal humor? él es bueno, estoy segura de ello, tenia una voz tan afectuosa, era tan intensa y tan dulce su mirada; pero ¿qué me importa todo esto? yo no quiero á nadie, absolutamente á nadie.

Habia empezado aquel dia en medio de la alegría y ahora casi deseaba morir; ¡cuán hermoso sería vivir siempre en el campo! ¿á qué irás tú al baile? á ver como se divierten los demás; escucha como los grillos cantan bajo la yerba, un tibio vapor sale de la tierra, el ruiseñor trina sin cesar, parece que no puede dejar de decir lo que siente su corazón. Jamás durante su vida habia

sentido Anita un encanto semejante. El sol besaba sus purpurinos labios; su semblante aun conservaba una ligera muestra de despecho, estaba ligeramente encendido, cerró un instante sus rasgados ojos, y le pareció ver al jóven del caballo blanco, lanzarse en su busca, cojerla, y correr sin cesar.

No fue mas que un sueño, y Anita abrió los ojos, miró en derredor suyo, examinó el punto en que se hallaba, y oyendo la música salió de su preocupacion, regresando al pueblo donde la bulla y la animacion se habian aumentado. Se encaminó á la sala del baile, los músicos tocaban, pero nadie bailaba. Entonces salió de allí y habiéndola visto la dueña de la casa le preguntó: —Señorita, ¿es V. de las amigas de la desposada? —No señora, he venido con la familia de D. Felipe. —Muy bien, en ese caso nos ayudareis en disponer todo lo necesario, pues que en tales dias nadie está de sobra.

—Pues lo deseais, yo os complaceré en cuanto pueda. Ramona, criada de la casa, recibió muy bien á la recién venida, que pidiendo un gran delantal empezó á ayudarla con tanta destreza y actividad, que viéndolo la dueña dijo:

—Vosotras dos y mi nieta bastais aquí para todo, yo voy á acompañar á los convidados.

Anita no cesó de trabajar hasta que todo estuvo arreglado, y despues de tomar un ligero alimento se quitó su delantal, quedando tan limpia y blanca como si nada hubiera hecho.

—Estarás cansada, la dijo la dueña, y no tendrás gana de bailar.

—¿Cómo cansada? esto no ha sido mas que un juego y me encuentro mejor desde que he hecho algo, no podria pasar todo un dia en divertirme solamente, y sin duda por esto antes estaba triste.

El ama de la casa para agasajar á Anita la enseñó todas las habitaciones como si fuera una señora de distincion; la llevó al aposento nupcial, la hizo vez los regalos de la novia, abrió unos grandes armarios con los nombres de los esposos llenos de ropa blanca, buenos vestidos, y piezas de lienzo cogidas con hermosas cintas.

—Dios mio, dijo Anita, qué hermoso es todo, y cuán dichosa es la que habita una casa como esta.

—¿Tienes acaso envidia?

—¡Oh! no, bien lo sabe Dios; pero cuánto reconocimiento debe tener vuestra hija por vos, y por los que la han obsequiado con estas galas de novia.

El ama de la casa no sabia esplicarse el encanto que una jóven tan humilde egercia sobre ella, y como si fuera una de las primeras señoritas la llevó de la mano á la sala donde bailaban. Anita se detuvo en la entrada sin que pudiera por largo rato atravesar aquella multitud, hasta que habiendo cesado un momento la música, pudo abrirse paso hasta el interior, y colocarse en un rincon, no sin escuchar como decian á su alrededor.

—Esa que veis ahí, baila como pocas en el pais.

—En aquel momento uno de los músicos, habiéndola conocido, la dijo:

—Si tú bailas, yo haré tocar de tal modo que los ángeles han de desear venir á la fiesta.

—Gracias, gracias; pero como no venga un ángel á bailar conmigo no tendré quien me saque, díjole Anita medio sonriente, medio triste.

El baile se animaba por momentos. Un jóven se acercó á Anita, que se sobrecogió de esperanza; pero solo la dijo:

—Ten, Anita, guárdame esa pipa hasta que concluya de bailar. Algunos otros jóvenes siguieron su ejemplo y la dieron á guardar quien un pañuelo, quien una llave, un lazo, un collar; Anita lo recibia todo con la sonrisa en los labios; pero nadie pensaba en ella para bailar. Tocan un wals, luego una polka, despues un galop, ¿cómo es posible estarse quieto? todos saltan, giran, vuelven, respiran agitadamente, parecen volar y los ancia-

nos sentados muy cerca de donde está Anita se quejan del calor y el polvo.

V.

De súbito Anita siente un estremecimiento involuntario, su vista se fija en un jóven que vá y viene entre la multitud. Era el caballero que habia encontrado por la mañana, y á quien tan desatentamente no habia querido responder. Su presencia allí llama la atención de todos; de talla mas bien pequeña que alta, de facciones regulares y espresivas, de redondeado rostro, y sus cabellos de un rubio oscuro peinados hacia atrás, dejan libre una ancha y espaciosa frente, y un pequeño bigote le dan cierto aire respetuoso y simpático para todos.

—Es un caballero de la villa de A.... dice uno.

Y qué ojos tiene, añade otro, tan malignos como dulces é insinuantes, y cómo fija sus miradas.

—¿De dónde será? dice un tercero.

—No puede ser de este pais, observa alguno.

—Sin duda es algun amante desdeñado de Anita, dice en tono zumbon uno.

Anita tiembla, ¿qué es lo que vé? ¿qué dicen? ¿qué significa todo esto? El jóven habia recorrido ya varias veces la sala, paseando sus ojos medio cerrados por toda ella; mas en el momento que vió á Anita, se detuvo, é hizo una pequeña cortesía. Anita siente estremecerse todo su sér, parece clavada en su asiento, apenas puede comprimir los latidos de su corazon, habrá saludado, dice para sí, á alguna que está detrás de mí. El jóven se adelanta, ella se retira para dejarle paso; pero él la dice tomando su mano:

—A ti, preciosa niña, es á quien busco; ¿me harás el obsequio de bailar conmigo?

Anita no pudo contestar; mas para qué necesitaba las palabras. Dejó en una silla pañuelos, pipas, llaves, cuanto la habian confiado, y estuvo pronta en admitir la invitacion. La música redoblaba sus sonidos, los ángeles en el paraiso no son tan felices como lo era Anita en tales momentos. Saltaba, bailaba sin saber cómo, se dejaba llevar como arrebatada por el jóven forastero, volaba al rededor de la sala como si no hubiera nadie en ella, y aquella dichosa pareja bailaba con tal animacion, que todas las demás se detuvieron.

—¿Estamos solos? dijo Anita, sin dejar de bailar, y sintiendo en sus mejillas encendidas el abrasador aliento del jóven.

—¡Oh! si estuviéramos solos, contestó éste, solos en el mundo, ¿por qué no estaríamos bailando así hasta la muerte?

—Me parece, prosiguió Anita, que somos dos pájaros que vuelan, vuelan hasta el cielo. ¿Se oye la música? ¿tocan? yo no oigo nada.

—Sin duda, aun tocan, escucha.

—Sí, sí, dijo Anita, y falta de fuerzas, conmovida, se detuvo. El jóven, sin dejar su mano, continuó diciendo:

—Ese collar es muy bonito, y te pára muy bien.

—Es un regalo que me hicieron cuando era muy pequeña, es de coral, y esta crucecita tan pequeña de oro.

—El baile te gusta, segun parece.

—Mucho, y ahora mas que cuando se baila sola, y sin música.

—Qué bellos son tus ojos, qué encantador tu semblante, y cuán amable y bondadosa debes ser á juzgar por tu rostro siempre sonriente y alegre.

—Lo principal no es que sea como vos decís, sino que fuere de vuestro agrado, dijo Anita con gracia é ingenuidad.

—¡Oh! sí mucho que lo es, dijo resueltamente el jóven apretando su mano, y dirigiéndola una prolongada y ardiente mirada. ¿Eres, continuó, la hija de Don Felipe el labrador de la villa de A....?

—No señor, soy huérfana, recogida en su casa, y trabajo en ella, replicó Anita entristecida, y haciendo un supremo esfuerzo para mirar al jóven. Éste pareció titubear un breve instante; pero recobrándose con pres-

teza,—Ven, la dijo, vamos á bailar otra vez. Tendióle la mano, y volvieron á bailar; pero esta vez con mas calma, y como si conocieran que el encanto llegaba á su fin.

—Hemos sido muy dichosos poco há, y aun cuando no nos volvamos á ver, y aun cuando no sepamos el uno del otro, ni siquiera su nombre, no debemos olvidar este instante, dijo Anita con celestial melancolia.

—Sí, es muy cierto, tambien yo, contestó el jóven, lo siento y lo deseo así.

—Quien quiera que tú seas, no te arrepientas jamás de haber proporcionado á una desvalida niña una dicha cuya memoria conservará toda su vida.

—¿Y tú te arrepientes de haberme tratado tan mal esta mañana?

—¡Oh! sí, de todas veras, le interrumpió Anita.

—¿Quieres que nos sentemos un momento, yo á tu lado? ¿tienes confianza en mí?

—Sí que la tengo.

—Yo desearia saber cómo á primera vista tienes confianza en un desconocido para tí, y si por ventura sabes tú leer en su semblante lo que pasa en su corazon.

—Lo mismo pensaba yo en este instante, y en nuestro pais cuando dos piensan lo mismo á la vez, se dice que sus almas irán juntas al cielo. Escúchame: cuando como yo se ha pasado sola toda la vida, cuando no has tenido, ni un padre ni una madre, ni un hermano á quien amar, y en cuyo seno depositar las penas y alegrías de la vida, es preciso bastarse á sí propia, y yo vagando por los campos he observado que las plantas y los árboles se asemejan mucho á las flores y frutos que dan, pues del mismo modo, creo yo, y no te burles de mí, que los hombres revelan en su exterior y en sus maneras sus sentimientos y acciones del porvenir; pero oh! Dios mio, yo no digo mas que simplezas.

—De ningun modo, antes al contrario, mucho has aprendido en tu soledad. Hubo una larga pausa en que el jóven no cesaba de mirar á Anita con un sentimiento difícil de esplicar; al fin exclamó.

—Ahora, bella niña, me despido de ti; estreché su mano, y cuando Anita quiso mirar, habia desaparecido. Sin saber lo que hacia salió de la casa y vió al jóven marchando ginete en su caballo blanco. Entonces un pensamiento vino á la jóven,—quisiera que jamás fuera mañana, sino hoy, siempre hoy.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

EL ÁLBUM DE LAS FAMILIAS.

Con el título que encabezamos estas líneas sigue publicándose en Madrid un periódico literario que no en balde ha merecido la mejor acogida por parte del público, pues en él vemos semanalmente lindísimas composiciones.

La Academia Tipográfica que bajo la direccion de la señorita Doña Javiera Morales, lleva á efecto esta publicacion, tiene la honra de contar entre sus protectores á la mayor parte de las principales familias de la corte, dando con esto una prueba de aprecio que habla muy alto en su favor.

Hoy que tan difícil es aclimatar en nuestra península un periódico literario, pues la fatal política todo lo invade y trastorna, hoy es cuando mas mérito tienen estas publicaciones dedicadas esclusivamente á fomentar la literatura patria.

Mandamos nuestros sinceros plácemes á su director el Sr. Llofrú y Sagrera, así como tambien á la señorita Doña Javiera Morales, por su incansable celo en favor de la literatura.

Recomendamos á nuestros suscritores este semanario.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.